



A LA INTEMPERIE

Fernando Gutiérrez Almeida
atalamantis@gmail.com

Existen muchas versiones consoladoras de la realidad y de la existencia humana en particular. En este breve ensayo procuro abstenerme de tales versiones y tratar de exhibir del modo más razonable posible el costo de la autenticidad vital.

Palabras claves: realidad, acoso, decepción, heroísmo, autenticidad.

1

Lo real deviene, es devenir. Nada hay realmente estático y toda figuración estática es solo una construcción del intelecto a los efectos de objetivar parte del movimiento real y controlarlo aunque sea parcialmente. Decir que no hay nada estático significa que no hay ningún fundamento estático asimismo, y que el flujo real es toda la realidad posible. De modo que no debemos pensar la realidad a partir de la solidez o la sustancialidad sino más bien a partir de lo líquido. La realidad es líquida, moviente, cambiante, dinámica, siempre fluyente. Lo estático, lo sólido, lo sustancial, es ilusorio. Y con lo sustancial las esencias y lo impercedero en ellas o a través de ellas también son ilusiones.

Si aceptamos que lo real deviene y que, con cierta variabilidad que no podemos evitar, lo dicho anteriormente constituye una verdad de la cual podemos partir al menos en este texto, surge de inmediato una conclusión frustrante. En efecto, si todo deviene, el todo solo puede sostenerse por medio de un equilibrio dinámico en el que lo presente se sostiene como dinámica de lo pasado con lo futuro, por una retroalimentación continua ella misma presente simplemente como flujo de este dinamismo. No hay pues equilibrio de fuerzas o equilibrio energético alguno en parte alguna, sino que hay una dinámica perpetua universal de las fuerzas por las cuales estas fluyen y

refluyen conservando la dimensión global pero no la forma. En esta dinámica perpetua los seres no son estables y lo que tienen de estable lo deben a su dinamismo intrínseco y aquí está precisamente la conclusión frustrante en lo que se refiere a nuestras propias existencias. La conclusión que del dinamismo inevitable podemos sacar es que nosotros mismos no somos estables y no siendo estables en general, lo cual asegura nuestra muerte como individuos y la muerte de la humanidad en algún momento futuro, estamos inherentemente forzados al intercambio de fuerzas con lo que nos rodea para subsistir, estamos obligados inherentemente a mantenernos siempre en marcha, sin descanso, sin relajamiento definitivo ni momentáneo alguno, para seguir existiendo.

Pero la forma en que la energía nos llega o la energía parte de nosotros no es, tampoco, estable o pacífica. Nosotros como cualquier acumulación de fuerza en el universo debemos combatir a los demás seres para apropiarnos de su energía y consumirla en nuestro despliegue vital, y asimismo pagamos con el costo de nuestro desgaste cada resistencia que el resto de los seres nos opone. Por lo tanto la forma primordial de nuestra relación con los demás seres y con el universo en general es la de una lucha constante por la existencia, lucha en la que se encuentra comprometida hasta la última de nuestras células y en las que la forma cooperativa de nuestro organismo no es una salvedad sino una herramienta más del combate, pues si hay cooperación esta solo estriba en todos los casos en una forma de organización de las fuerzas particulares para combatir a otras fuerzas o agrupamientos de fuerzas. A esta lucha inevitable en la que

estamos inmersos hizo referencia Schopenhauer de este modo: "La vida misma es un mar sembrado de escollos y arrecifes que el individuo humano tiene que sortear con el mayor cuidado y destreza, si bien sabe que aunque logre evitarlos, cada paso que da le conduce al total e inevitable naufragio, la muerte."

No es cierto, incluso, que un individuo humano persiga verdaderamente el placer por sí mismo, la satisfacción por sí misma, la tranquilidad por sí misma, o cualquier otra forma de estabilidad o triunfo en su vida. El más pulido estado de abandono al placer o la tranquilidad que pueda experimentarse es solo el solaz debido a una afluencia momentánea de riqueza energética que lo sustenta y por lo tanto esconde siempre en el fondo el proceso de las luchas, dolores y destrucciones de los que se ha alimentado. Y del mismo modo este estado de regocijo es buscado, primordialmente, para evitar la propia destrucción, para refugiarse en él de la lucha abierta y permanecer a su resguardo mientras sea posible. Pero esa lucha ciega en el que están inmersos todos los seres no solo existe allá afuera de nuestros cuerpos sino que fermenta y se excita en nuestros propios cuerpos azotando nuestra conciencia con la necesidad de agua o de alimento o el impulso de la reproducción que sostiene a la especie y al flujo de la vida por encima de nuestra efímera individualidad. De modo que el acoso cósmico al que somos sometidos por el flujo y reflujo universal de las fuerzas de las que no solo no nos podemos despegar sino que también formamos íntegramente parte, es un acoso que nos circunda pero también nos penetra y hasta constituye en la intimidad más honda de nuestro metabolismo.

2

Somos, pues, seres acosados. Y la conciencia, en ese sentido, no es un privilegio tanto como una pesada carga. Pues el vegetal o el animal o cualquier otro ser del que pudiera decirse que posee algún grado de conciencia, no puede decirse en cambio que sean lo suficientemente conscientes de que lo que les infunde acción es el acoso vital y universal que implica el estar en continua lucha por su existencia. El individuo humano, en cambio, conoce su existencia por separado y por separado puede considerar su existencia en relación al universo y en relación a sí mismo como objeto de su representación en la forma

de un cuerpo cargado de deseos y necesidades. En esta situación puede adquirir fácilmente el conocimiento de su propio desvalimiento frente a las fuerzas internas y externas que continuamente lo acosan y si no sufre en principio de manera insostenible esta patentización del horror de tener que luchar para existir sabiendo que la lucha finalmente será perdida, es porque corre a refugiarse en la solidaridad social con los demás individuos humanos, o a embriagarse de placeres, o a intoxicar su mente con falsos paraísos o directamente con psicotrópicos, o a enseñorearse sobre los demás para mediante

este poder particular y extensivo de su propio poder corporal efímero embotar su mente con el olvido de su verdadera situación de precariedad y separación. Tanto si se distrae en el dramatismo de la vida social o si se distrae de su debilidad en la ilusión del poder, etc., estas distracciones tarde o temprano se agotan y el cuerpo, víctima del envejecimiento, la enfermedad, la decadencia de sus órganos, le exhibe tarde o temprano la muda verdad de que será derrotado.

De modo que no solo somos seres acosados que tratan aquí y allá de olvidar el continuo acoso de la existencia embriagándose en los señuelos de la convivencia y sus invenciones, o las veleidades más o menos crueles del poder, o el bálsamo de los placeres y tranquilidades, sino que también somos seres condenados a la decepción, a la aceptación más o menos forzosa de nuestra derrota, una derrota infinita frente a nuestras fuerzas finitas. Ello explica porque muchos seres humanos, víctimas de esta lucidez en la que dan cuenta de que el destino de lo individual no es más que el fracaso, la desintegración, la disolución, prefieren acortar esa lucidez con el suicidio, incentivados muchas veces para ello con el fracaso concomitante en sus vidas de esas otras ilusiones, la de la vida social, la del placer, o la de la experiencia de poder. En efecto, aquellos que se suicidan no lo hacen tanto por motivos especiales que no pertenecen al común de los individuos humanos, sino simplemente porque al haber tenido experiencias sociales o de autoempoderamiento miserables, al no haber podido experimentar suficientes placeres o descansos, no han podido ilusionarse lo suficiente acerca de la naturaleza de su existencia y han abierto los ojos con facilidad irresistible a la decepción, a la muerte, a la

debilidad, a la derrota y al acoso que persiguiéndolos no los conduce, sin embargo, a ningún lado, y que los despeña, finalmente, en la decisión más o menos lúcida, de autoaniquilarse para al menos, sin poder evitar la derrota, evitar un trecho del acoso y del dolor.

En la vida social la ilusión del individuo no solo consiste en la mera distracción que le produce el estar rodeado por los demás y continuamente volcado sobre el flujo circundante de vidas y hechos, lo cual ya de por sí es un gran alivio que le facilita el olvidar su situación miserable en el universo. La vida social le aporta al individuo la oportunidad de unirse con otros en fantaseos de versiones alternativas de la realidad que le ofrezcan consuelo. En esto han consistido casi todas las religiones y las filosofías: en la fabricación consensuada y pública de ilusiones que alivien y den sentido a una existencia que crudamente encarada no ofrece ni alivio ni sentido. Todas esas grandes elaboraciones llevadas como una alegre carga por millones a lo largo de miles de años no son, de todos modos, más que fantaseos cuya funcionalidad es el consuelo, el consuelo necesario a los individuos que son asaltados día y noche por la conciencia de su trágica existencia. Cuando la tragedia no se ha hecho patente de modo totalmente irresistible estos bálsamos son útiles, y esta utilidad pueden llegarle incluso al moribundo para ofrecerle la fantasía de una vida posterior a la muerte. Pero a veces el horror de la existencia se hace de tal modo patente que ya no hay refutación ilusoria posible del mismo y la respuesta contraria, la que consistiría en asumir todo su horror, se vuelve extremadamente dolorosa en su proceso, de modo que muchas veces la lucidez se agota frente al horror.

3

Si inevitablemente estamos a la intemperie, si no hay refugio posible que nos libere de ser parte de la lucha y el acoso de la existencia, si estar lúcidos significa sufrir lúcidamente esta condición miserable... ¿cómo hemos de asumir la existencia, como asumirla? Por supuesto que la primera respuesta posible a esta pregunta es centuplicar la ilusión, hacerla más tenaz y resistente al golpe de la realidad, y ello tanto en la exacerbación de nuestra sociabilidad, o de nuestro poder personal, o de nuestros placeres o de nuestros lujosos descansos, o de nuestras ebriedades de toda clase. Lamentablemente esta respuesta, la que se encuentra muy bien expresada en la

hipercomunicación e hiperconsumismo, es una respuesta que requiere de mucha más lucha y destrucción, pues es necesario alimentar todas esas ilusiones, pagar su precio, y eso conduce, sin paradoja alguna, a aumentar el dolor a nuestro alrededor y a desequilibrar el ámbito en el cual vivimos e incluso nuestro propio organismo. Y digo lamentablemente porque si pudiéramos disponer de recursos infinitos que permitieran una destrucción infinita sin costo notable, estaría abierta esta sencilla puerta y fácilmente la recorreríamos. Pero los recursos de nuestro planeta son limitados y la embriaguez que podemos obtener de ellos consumiéndolos sin pausa también será

limitada. Pronto, no tardará mucho, la humanidad entera encontrará el punto crítico en que el despilfarro destinado a olvidar la miseria la haga patentemente miserable. En ese estado de lúcida miseria... ¿de que manera hemos de asumir la existencia?

Podrá imaginarse que llegado a este punto lanzaré loas al sin sentido y cortaré rápidamente la cuestión en una mera aceptación de lo real, con esa veracidad que han pedido tanto los cristianos como los científicos, los unos falsamente para luego fantasear con su dios, los otros falsamente para no tardar en fantasear con el poder y el conocimiento. Pero sugerir la aceptación de lo inaceptable no es ser realista. La realidad es inaceptable, es insoportable, es insostenible y no nos sostendrá jamás. Punto. Por lo tanto olvidémonos de soñar con cualquier clase de consuelo, olvidémonos incluso de ese consuelo torpe que consiste en aceptar la ausencia de consuelo como una especie de consuelo. No se trata, de ningún modo, de consolación, de fantaseos

distractivos, de resignaciones imposibles si es que mañana nos hemos de levantar de nuevo para seguir en el combate de la existencia. De lo que se trata más bien es de trocar el deseo de consuelo por la constancia del coraje. La única manera de asumir la realidad es asumirla por completo y sin consuelo, y ello quiere decir, con todo el coraje posible. Y si algún sentido tiene la realidad, y yo pienso que sí lo tiene, ese sentido no tiene porqué pertenecernos sino más bien seguramente nosotros pertenecemos a ese sentido y seremos sacrificados por la realidad en él, con lo cual la actitud del desprendimiento más absoluto acompañando a ese coraje nos permite resumir la actitud existencial necesaria para el individuo humano en la actitud heroica y sacrificial. Solo dejándonos arrebatar por el flujo de la realidad en él sentido en que esta afluye elevándose podemos vivir con sentido y sustituyendo el acoso por la participación voluntaria, incluso si esa participación implica el sacrificio de nuestras propias vidas. Y esto es lo más parecido a un consuelo auténtico que podemos tener.



Fernando Gutiérrez: Docente de Filosofía y Matemática. Filósofo uruguayo. En 2010 participó con su Conferencia "La utopía de las leyes" del Primer Congreso Uruguayo de Filosofía. Su blog personal es el siguiente: <http://fernandogutierrezalmeira.wordpress.com>